

EN MEMORIA DE CARLOS RUIZ-FUNES

LA más noble preocupación humana es la de perdurar. Primero, para el creyente, perdurar en la vida eterna, junto a Dios. Después, perdurar en la memoria de los hombres; dejar un recuerdo agradable de su paso por la vida; conseguir que de vez en cuando se resuciten sus virtudes o sus actos. Para conseguir esto, los hombres sometemos nuestra conducta a determinadas normas que no son sólo de cortesía o de educación, porque éstas no bastan, por sí solas, para dejar impresa una huella en la vida.

Quien quiere perdurar en el recuerdo de los hombres, lleva siempre una existencia de servicio en favor de los demás. Esto significa una proyección de su vida, fuera de las actividades usuales, sobre la vida de los otros. Y no sólo es cortés, sino amable; no sólo educado, sino servicial; no espera a que le pidan un favor para hacerlo, y experimenta una auténtica satisfacción cuando puede ser útil a alguien. En muchos casos esto significa un esfuerzo continuado; quizá un sacrificio que aceptamos gozosos para alcanzar esa supervivencia en el recuerdo de nuestros amigos y conocidos, y conseguir que durante largo tiempo se hable de nosotros, con agrado, después de muertos.

Pues bien: en Carlos Ruiz-Funes, todo esto no suponía esfuerzo alguno; le venía de dentro; le salía del alma. Había nacido para no tener más que amigos; para no saber otra cosa sino ser útil, agradable, servicial, y no sólo al círculo de sus amistades, sino a todos, o sea al público innominado que es el vecindario de un pueblo o de una ciudad.

Quien hablaba con él una sola vez, se convertía ya en su amigo para siempre. No era posible olvidarlo después de haberle conocido. Toda conversación con él era siempre amena, desprovista de banalidad, envidiosa, agradable, útil.

Carlos Ruiz-Funes era un archivo viviente de curiosos datos sobre la vida de Murcia y de sus hombres, y su casa, un verdadero museo de nuestra región; grabados, libros, cuadros, recortes de prensa, colecciones de revistas, fotografías, siempre del más alto interés. Memoria felicísima



para almacenar recuerdos y buen gusto e inteligencia clara y oportunísima para evocarlos cuando la ocasión surgía en la conversación. Departir con él era siempre un quehacer agradable y fructífero. El detalle olvidado, el recuerdo del artículo periodístico célebre, la anécdota curiosa, salían de sus labios en el momento preciso para dar a la charla el mayor encanto e interés.

Junto a estas encantadoras cualidades, su clara limpieza de alma, la honestidad de su espíritu, la ausencia, en su decir, de todo comentario malévolo, de toda murmuración. Sabía encontrar en cada persona la ladera buena en que apoyar un juicio favorable. Jamás le oí hablar mal de nadie y siempre encontraba atenuantes, y aún justificantes, incluso en las acciones torpes.

Y una gran generosidad. Era peligroso confesar ante él algún deseo, porque si estaba en su mano satisfacerlo, lo hacía sin vacilar. Yo recuerdo que una vez me quejé, en su presencia, de que me había perdido un amigo la primera edición de «Perito en lunas», de Miguel Hernández, y a las cuarenta y ocho horas recibía por correo, regalado por él, un ejemplar impecable de la obra. Después, me guardé muy mucho de parejas confesiones.

Y todo esto con una gran modestia, con una simpatiquísima humildad, sin presumir jamás de culto, ni alardear de sus numerosos conocimientos sobre la historia y la vida murcianas.

Era Carlos, además de una excelente persona, de un hombre de fina inteligencia y de un gran amigo, un murciano entrañable. Ninguna inquietud regional le era ajena; su nombre está unido a todas las aspiraciones espirituales de Murcia; en toda empresa de murcianismo auténtico estuvo presente con su ayuda, con su aliento y con sus sugerencias. Las colecciones de los periódicos y revistas murcianos, abundan en artículos suyos siempre oportunos, amenos, plétóricos de datos olvidados, pero de la más alta importancia y curiosidad.

Supo conquistar grandes amistades, no sólo en España, sino fuera de España. Tan excelentes cualidades, tan raramente coincidentes en una misma persona, le valieron el aprecio y la confianza de figuras señeras en la actualidad europea. Gregorio Marañón, Charles Aubrun, Walter Starkie, Jorge Guillén... con todos mantenía excelentes relaciones; de todos recibía frecuente correspondencia y el envío afectuoso de sus libros y publicaciones.

Con su muerte pierde Murcia una de las figuras más sugestivas de su elenco intelectual, en el que deja un hueco que será muy difícil cubrir. El gesto de Mariano Baquero al dedicar a su memoria un número de MONTEAGUDO, envuelve un homenaje de la más alta justicia. Y yo le agradezco que se haya acordado de mí para figurar en esta colección de trabajos, en recuerdo de tan grato amigo, porque he escrito estas líneas torpes con la más pura emoción.

